

ENTREVISTA A UNO DE LOS GRANDES ECONOMISTAS ACTUALES

Easterly: 'Ni democratizar Oriente es tan difícil como reformar la ayuda al desarrollo'

- 'Sachs cree que acabar con la pobreza requiere más burocracia, es una mentalidad neocolonial'
- 'La pobreza en ciertos países se debe a que se han aplicado políticas muy malas'
- [Banco Mundial](#) | [Washington Consensus](#) | [Nuevas ONG](#) | [España](#) | [Consejo a Sachs](#)

Actualizado sábado 26/05/2007 05:31 (CET)

PABLO PARDO

- **CARGO:** Profesor de la Universidad de Nueva York.
- **EDAD:** 50 años
- **FORMACIÓN:** Doctor en Economía por el Instituto Tecnológico de Massachusetts
- **AFICIONES:** Escuchar a Pink Floyd, The Who, The Rolling Stones y Fela Kutí, y leer a Hayek

Pregunta: ¿Qué opina de la dimisión de Paul Wolfowitz?

R.: Wolfowitz tuvo que dimitir no sólo por el escándalo de corrupción que estalló justo cuando él estaba combatiendo la corrupción, sino también por dos razones. Una, por su continuación de la tradición utópica de su predecesor [James Wolfensohn], basada en hablar de forma grandilocuente acerca de Gobiernos 'buenos' y 'malos', lograr alcanzar los grandiosos Objetivos del Milenio, salvar África, etcétera. Y la otra, por su estilo como gestor, en el que él —o sus lacayos— aterrorizaron al personal del Banco sin aprovechar las habilidades de esa gente. Ha sido una repetición de los errores de Irak: un enfoque ingenuo y arrogante para solucionar las dificultades 'desde arriba', y un plan grandioso para arreglar las cosas sin tener ni idea de las confusas realidades que subyacen a los problemas. No es más fácil arreglar el mundo de la ayuda al desarrollo que democratizar Oriente Medio.

P.: Su debate con Sachs afecta a 100.000 millones de dólares que se dan cada año al mundo en desarrollo, y a más de 1.000 millones de personas que viven en la extrema pobreza. A veces, sin embargo, parece muy visceral. ¿Es algo personal, están enfadados ustedes?

R.: Para mí, no. Es un debate intelectual sobre ideas. Y hay mucho en juego, lo que añade pasión. Porque yo creo que él está equivocado fundamentalmente acerca de cómo ayudar a los pobres. Creo que ha hecho tal daño a la ayuda al desarrollo... Porque hay 100.000 millones de dólares que están siendo gastados en ayuda al desarrollo al año y que no sirven a la gente. Y yo haré todo lo que pueda para combatir ideas que están en quiebra. Y eso es porque esto me importa. He trabajado en esto toda mi vida. Y quiero luchar contra ideas equivocadas.



William Easterly. (Foto: Eddie Arrossi)

P.: España ha donado 528 millones de dólares a los Objetivos del Milenio.

R.: Los Objetivos del Milenio son una historia triste porque pone las relaciones públicas por encima de la sustancia. Porque cuando miras a los objetivos no motivan a nadie a que haga nada. Nadie es responsable individualmente. Todo el mundo lo es. Así que esto no ayuda a los pobres.

P.: ¿Es lo que usted llama mentalidad de planificadores?

R.: Puramente. Gestos grandiosos con grandes eslóganes —acabar con la pobreza, reducir la mortalidad, la miseria, la mortalidad infantil— pero sin sustancia.

P.: Los líderes de los Objetivos del Milenio siempre dicen que ellos se centran en pequeños proyectos, que ellos son transparentes, y que tratan de atender las demandas de los receptores de las ayudas.

R.: Palabras, palabras, palabras. Puedes mirar a lo que dicen o a lo que hacen. 300 expertos que han producido miles de páginas de documentos explicando lo que hay que hacer para lograr los objetivos. No importa lo que dicen, sino lo que hacen. Y lo que hacen es reforzar burocracia. Ése es mi desacuerdo básico con Sachs. Él cree que para acabar con la pobreza hace falta más burocracia. Dar más poder a la burocracia. Y eso no es así. No debe ser así. Los ricos tienen mercados. Los pobres tienen burócratas.

P.: Usted es muy duro en su evaluación cuando compara a los planificadores con los colonialistas, e incluso con la invasión de Irak.

R.: Sí, creo que es la misma mentalidad. Aunque el aspecto es muy diferente. Es como "nosotros los blancos sabemos qué es lo mejor para los negros". Es increíblemente incorrecto políticamente decirlo, pero es así. Pero es que se trata de los europeos y los americanos determinando qué es lo mejor para el resto del mundo. Y poniendo dinero tras ello. Estos 300 expertos se reúnen en Nueva York y deciden qué es bueno. Si eso no es una mentalidad paternalista colonial, dígame qué es.

P.: ¿Es la mentalidad del cantante de U2, Bono? ¿Recuerda cuando circuló la broma en el Banco Mundial el Día de los Inocentes de EEUU (el 1 de abril) de que lo iban a nombrar presidente?

R.: Ah, sí, y también está nominado para el Nobel de la Paz. Él es el cantor de la carga del hombre blanco. En la introducción al libro de Sachs, 'El fin de la pobreza', dice: "Está en nuestras manos". Así que, ¿qué más quieres? Es exactamente la idea de la carga del hombre blanco. Que los africanos salgan de la pobreza es la carga del hombre blanco.

P.: Bono no acabó en el Banco Mundial. Pero sí Paul Wolfowitz. Y, según usted, Wolfowitz representa esa mentalidad, como revela su intento de democratizar Irak por las armas.

R.: Sí, e incluso peor aún, porque él ha utilizado un ejército para ello. **P.:** Pero Wolfowitz está tratando de aumentar la transparencia de los países receptores de ayudas del Banco Mundial y de condicionar los créditos a la lucha contra la corrupción, aunque nadie parece estar particularmente satisfecho con él.

R.: Sus intenciones son buenas, al menos en corrupción. Ciertamente es una idea correcta, y no comprendo por qué es tan controvertida. Debería ser obvio que no hay que dar ayuda a Gobiernos corruptos. Creo que ha encontrado resistencia porque la gente desconfía de él por su pasado, y teme que use esa lucha para alcanzar objetivos políticos, es decir, como una herramienta de la política de EEUU. Pero ciertamente no deberíamos dar ayuda a Gobiernos corruptos.

P.: En 'White Man's Burden', usted habla del Banco Mundial varias veces. Y usted trabajó para el Banco Mundial durante 18 años. ¿Cómo debería ser el Banco Mundial y otras instituciones multilaterales, como el BID, que son más importantes para España?

R.: Lo fundamental es hacer que algunos de sus accionistas y empleados dejen de hacer cosas que no funcionan y ponerlos a hacer cosas que sí funcionan. Ésa es una perogrullada que esas agencias a menudo olvidan. Más específicamente, el Banco Mundial y el FMI todavía siguen haciendo créditos de ajuste

estructural. Han cambiado su retórica un poco pero sus acciones son las mismas. Ahora hablan de 'country ownership', pero hace poco leí en Internet el informe de la reunión del Gobierno de Ghana con sus donantes, y es muy interesante: los donantes hacen toda una profesión de fe en cómo debe ser el apoyo que reciba Ghana, y en cómo ellos no le van a dictar a Ghana lo que debe hacer, y luego, en un hermoso lenguaje diplomático, se lo dictan. Todo son condiciones, y el Gobierno de Ghana deben aceptarlo si quiere recibir unos cientos de millones de dólares al año.

P.: Pero ¿cómo puede cambiar esa burocracia de 26.000 funcionarios anclados en su inmensa mayor parte en Washington, todos muy listos y con muchos conocimientos de Economía, con Masters en Columbia y NYU, que no paga impuestos, que viaja a los países receptores de ayuda en Primera o en Business y que se queda en ellos en los mejores hoteles?

R.: Usted sólo puede cambiar el Banco Mundial cambiando el ambiente político externo en el que la institución opera. Y ese ambiente debe demandar pruebas de que su dinero se está utilizando de la forma correcta. Lo cual de nuevo nos lleva a algo muy básico: que el Banco Mundial acepte una evaluación independiente de algunos de sus proyectos por terceras partes o por el propio Banco Mundial, pero por unidades que no tengan conflicto de interés.

P.: Eso nunca ha pasado.

R.: Nunca. No han tenido nunca una evaluación independiente. Si la hubiera y los resultados fueran hechos públicos y se determinara que ha sufrido fallos graves, debería centrarse en hacer lo que sabe hacer, para lo cual tiene muy buen personal. Desafortunadamente, el clima político actual sólo está interesado en reformular con palabras nuevas conceptos viejos.

P.: Así que, para el Banco Mundial y para las otras grandes agencias de desarrollo, todo es una cuestión de incentivos.

R.: Desde luego. Los trabajadores en el campo del desarrollo son gente como cualquier otra. Funcionan por incentivos. Y la actual dinámica de esas instituciones es perversa. Porque ahuyentan a la gente altruista, que quiere combatir la pobreza. Cuando alguien es altruista, deja esas instituciones pronto, porque ahí no puede hacer su trabajo. No tiene incentivos para seguir ahí.

P.: Pero los incentivos deben estar vinculados a los objetivos. Sin embargo, usted critica los Objetivos del Milenio.

R.: Los objetivos deben estar fijados de forma que alguien sea responsable de alcanzarlos.

P.: Tipo "si ustedes no logran los Objetivos del Milenio, todos a la calle".

R.: Ésa es una de las razones por las que los Objetivos del Milenio no funcionan, porque el que se logren depende de muchos factores que no tienen nada que ver con el programa de la ONU ni con las agencias de la ONU.

P.: El crecimiento de China e India, por ejemplo, que está sacando a más gente de la pobreza que la ONU.

R.: Exacto. Y de otros factores, como el precio del petróleo, el que haya una recesión en la OCDE... y además las agencias de desarrollo compiten entre sí, de modo que siempre pueden culparse entre sí en el caso de que no logren los objetivos, o echar la culpa a los Gobiernos de los países pobres. La clave sería fijar acciones específicas y responsabilizar a cada agencia o grupo de ellas. Por ejemplo, llevar medicamentos contra la malaria a la gente que tiene malaria en Ghana, o llevar suplementos nutricionales a los niños de Etiopía. Y que la gente que esté a cargo de eso rinda cuentas acerca de la efectividad del programa. Así se pueden lograr los objetivos. Y al mismo tiempo es así como ves qué funciona y qué no. Porque no es tan fácil como parece, por ejemplo, llevar medicinas contra la malaria a la gente. Es un proceso de prueba y error. Y ahí Sachs vuelve a equivocarse totalmente. Él siempre habla de cuánto cuestan las cosas, cuánto dinero hay que conseguir, pero nunca habla de cómo poner en práctica las cosas. La puesta en práctica, la implementación, es clave. Es el 95% en la ayuda al desarrollo. La gente

tiene que estar autorizada a llevar a cabo un proceso de prueba y error en, por ejemplo, la distribución de medicinas contra la malaria en Ghana.

P.: Parece que usted es poco entusiasta respecto al Washington Consensus, y está a favor de dar le dinero más para proyectos a pequeña escala.

R.: En general, sí. Creo que el Washington Consensus ha contribuido al debate intelectual en el mundo y ha fomentado el desarrollo del libre mercado. Y es que yo creo que para aliviar la pobreza hay que fomentar la cosa que mejor ha funcionado en la Historia de la Humanidad para lograr ese objetivo, que es el libre mercado. Así que yo creo que es hora de que el Banco Mundial y el FMI defiendan el libre mercado. Desafortunadamente, esa defensa está desacreditada, porque su defensa del libre mercado se estructura sobre la idea de "nosotros tenemos a nuestros expertos, que le van a decir exactamente qué debe hacer, sin posibilidad de escuchar sus puntos de vista", y no está nada claro que sepan qué hay que hacer para desarrollar mercados libres. No puedes organizar un mercado desde arriba, igual que no puedes desarrollar la entrega de medicinas desde arriba. Los mercados crecen de forma orgánica desde abajo.

P.: ¿Es ése el principal fallo del Washington Consensus?

R.: No hay nada malo en las ideas del Washington Consensus. La puesta en práctica es el error. Porque se entrega su implementación a outsiders, para que la hagan desde fuera, de forma coercitiva. Y ésa es la peor forma posible de fomentar el libre mercado, con extranjeros que no saben nada del país obligándote a hacer lo que ellos creen que es correcto, su idea de un mercado libre. Por eso es por lo que yo creo que el Ajuste Estructural es una idea tan mala. Eso es lo que crea la xenofobia de gente como Hugo Chávez, Evo Morales y el Peronismo en Argentina.

P.: Los países que han tenido éxito en salir del subdesarrollo no han seguido al pie de la letra el Washington Consensus: China, Asia oriental, o España en los años sesenta. En todos esos países, el desarrollo económico fue, en un primer momento, organizado y controlado por el Estado.

R.: Yo creo que lo importante de todos esos ejemplos es que fueron procesos nacionales. Es decir, que había gente dentro del sistema político y económico de esos países, auténticos insiders, que buscaron formas para aproximar esos países al libre mercado. Y eso no fue impuesto desde fuera. ¿Cuál habría sido la reacción en España si el Gobierno americano hubiera llegado y les hubiera exigido una política económica determinada? ¿O cuál habría sido la reacción en EEUU si el Gobierno canadiense hubiera venido y hubiera dicho: "Queremos que reescribáis la Constitución para que sea más favorable al mercado"? La reacción de xenofobia habría sido la misma en todas partes.

P.: Otro factor es que España era una dictadura cuando salió del subdesarrollo. Y los españoles no sabían si el Gobierno de Franco estaba negociando con el FMI o entregando bases a los Estados Unidos—que lo estaba haciendo, a cambio de ayudas económicas—. Y ahora China también es un dictadura. Igual que gran parte de Extremo Oriente en los ochenta y noventa, cuando tuvo lugar el Milagro Asiático. En otras palabras: ¿es la democracia un obstáculo para combatir el subdesarrollo?

R.: No. No hay ninguna regla que fije que un dictador ponga en marcha políticas que fomenten el desarrollo. Simplemente hay buenos dictadores y malos dictadores. Y buenas democracias y malas democracias. Creo que el elemento nacional, el que las políticas adecuadas vengan desde dentro y no sean impuestas desde fuera, es más importante que el que haya una democracia o no. En general, sin embargo, el desarrollo crea más transparencia y más libertad aumenta la presión sobre el Gobierno para que alcance mejores resultados. China es una dictadura, pero es mucho más libre ahora que bajo Mao. India, Chile, Corea del Sur y Taiwán son democracias. Hay un gran movimiento hacia la democracia cuando el proceso de desarrollo procede del interior del país. En general, aunque no de forma automática (porque nada es automático en Ciencias Sociales), el crecimiento desde dentro tiende a mover los países hacia la democracia.

P.: Usted dice que hay una relación negativa entre corrupción y desarrollo. Sachs lo niega, y recuerda que los países asiáticos, empezando por China, son corruptos y crecen mucho. Y que EEUU no es ni mucho menos el país menos corrupto del mundo.

R.: Creo que Sachs se está engañando a sí mismo. Lo importante no es el crecimiento económico, sino la renta per capita que se logra. Y hay una correlación muy clara entre ambos. A menos corrupto, más próspero. Hay que tener en cuenta también la causalidad opuesta: tal vez los ricos demanden limpiar la corrupción. La mayor de los estudios que conozco muestran al menos ciertos datos estadísticos que indican que la corrupción crea pobreza. Y ése es el consenso de la literatura académica. Y Sachs hace esas declaraciones increíbles de que la corrupción en África no es el problema. Parece que está tratando de hacer un comentario políticamente incorrecto a propósito. Pero no es más que ceguera voluntaria. Y un insulto a gente como John Githongo, en Kenia, que están exponiendo la corrupción en sus propios países y están haciendo campaña para que los Gobiernos sean transparentes, de modo que el dinero internacional vaya a la gente y no se lo queden los funcionarios del Gobierno. Eso es lo que quieren los africanos. No sé por qué Sachs está en el otro lado.

P.: Los africanos también quieren más comercio. Pero Bono suele hablar poco de bajar los aranceles agrícolas del mundo desarrollado.

R.: Habla un poco de eso, pero mucho menos que de otras causas. Ése es un ejemplo de la ridícula hipocresía de los países ricos: daremos ayuda con una mano y luego mantendremos los aranceles con la otra.

P.: Las ideas de Sachs recuerdan a las de los economistas de los cincuenta que ganaron el Nobel, como Nurkse, Rosenstein-Rodan y Hirschmann.

R.: Desde luego. Sachs está volviendo a lo que se hacía hace 50 años. Es como la película Regreso al futuro. Tal vez Almodóvar podría hacer una película con eso. Son ideas no ya de los cincuenta, sino de los cuarenta. El big push, el poverty trap de Rosenstein-Rodan son de los 40. Y Sachs usa exactamente las mismas ideas: que los pobres son demasiado pobres para ahorrar y salir de la pobreza, que el crecimiento de la población es demasiado alto, que hay que alcanzar unos niveles de inversión mínimos... Es lo mismo. 50 años de experiencia han destruido esas ideas. Mire el ejemplo de Corea. Estaba creciendo al 3%. Entonces, EEUU le cortó el grifo de la ayuda. Y empezó a crecer al 10%. No hubo trampa de la pobreza. China es otro ejemplo obvio: está saliendo de la pobreza sin ayuda. Eso es lo que me enfurece tanto de la irresponsabilidad intelectual de Sachs al defender ideas que han sido abandonadas por todo el mundo menos media docena de gente. Y él las populariza. Y eso es muy peligroso. Porque las malas ideas matan, literalmente. Si la gente en ciertos países sigue siendo hoy tan pobre como hace unas décadas es en parte porque hay intereses políticos ocultos, pero también porque se han aplicado políticas económicas muy malas: planificación, socialismo... y las mismas malas ideas se aplican una y otra vez.

P.: ¿Puede mencionar algún país que haya dejado de ser pobre y convertirse en un país de ingresos medios gracias a la ayuda al desarrollo?

R.: No. Puede hacer cosas buenas por la gente, pero no lograr que dejen de ser pobres. Y ésa es otra evidencia de la ineficacia de estas ideas. ¿Por qué seguimos hablando del big push cuando llevamos hablando de esto desde hace 50 años y no tenemos ni un solo éxito del que hablar?

P.: Pero esto indica que estamos teniendo un debate ficticio.

R.: Bueno, dar más dinero puede hacer otras cosas que no sean aumentar el desarrollo económico, como reducir la moralidad infantil, expandir el acceso a agua potable, expandir la vacunación, la mejora sanitaria... La ayuda es efectiva, pero puede ser más efectiva si se concentra en áreas en las que es efectiva, es decir, en tareas efectivas con objetivos cuantificables y con equipos y organizaciones que son fiscalizables. Combatir las cosas que son incuantificables, como combatir la pobreza en general, o fomentar el desarrollo económico, deben ser mantenidas fuera de la ayuda al desarrollo.

P.: ¿Qué opina de la nueva hornada de ONGs, estilo de la de Bill y Melinda Gates muchas de las cuales ponen más énfasis que las antiguas en la transparencia, tienen modelos de gestión más próximos al libre mercado, y tratan de centrarse en proyectos concretos?

R.: Tengo una opinión contradictoria de ellos. Por un lado empezaron bien, centrándose en proyectos

concretos, y eludiendo hablar de reducción de la pobreza o de los Objetivos del Milenio. Ésa fue una buena señal...

P.: ¿Pondría a Oxfam en el otro campo?

R.: Sí, Oxfam está promoviendo ideas económicas específicas, que a veces son buenas y a veces malas. Me gustaría que se hubieran mantenido fieles a sus orígenes. La Fundación Gates ahora está empezando a entrar en el terreno del desarrollo. Y yo creo que está repitiendo los errores del pasado, como por ejemplo cuando se mete en desarrollo agrícola rural, que ahora es una cosa muy grande para la Fundación Gates. Y la tratan como si fuera algo nuevo, cuando es algo en lo que se lleva trabajando desde hace 50 años. Es un exceso de ambición.

P.: España ha dado 528 millones de euros a los Objetivos del Milenio. Al mismo tiempo, España es un país fronterizo entre el Primer Mundo y el Tercer Mundo. La diferencia en PIB per cápita entre España y Marruecos es la mayor entre dos países en todo el mundo. Imagínese que el Gobierno español le contrata como consultor en ayuda al desarrollo para pedirle ideas sobre qué hacer con 528 millones de euros. ¿Qué aconsejaría?

R.: Lo primero, que no me contratara a mí. Que contratara a gente del norte de África, de América Latina, de Asia... que tengan proyectos en marcha para ayudar a la gente de esos países. Y que no contraten a mi amigo Jeff Sachs, por supuesto. Creo que España puede ir mucho más lejos si concentra su ayuda en tareas específicas para ayudar a la gente, y si evita así caer en grandiosas y pomposas campañas como los Objetivos del Milenio. ¿Cuándo va a saber el contribuyente español si su dinero ha sido utilizado bien o mal? Nunca lo va a saber. Y eso es así. Hay esta tremenda frustración ahora, porque por un lado hay mucha gente en el mundo desarrollado deseando ayudar al mundo en vías de desarrollo. Y hay muchos proyectos que pueden ser muy útiles para el mundo en vías de desarrollo. Pero el problema es que no tenemos ningún intermediario en el que podamos confiar. ¿A quién le podemos los ricos del mundo dar nuestro dinero y saber que va a invertirlo correctamente? Así que España puede sentar un buen ejemplo dejando de lado los Objetivos del Milenio y dándole ese dinero a alguien que diga: "Vamos a utilizar vuestros euros en lograr esto y esto con este grupo específico de gente. Vamos a dar complementos alimentarios a estos niños que sufren malnutrición, o agua potable a estos pueblos que no las tienen, o a vacunar a esta población". Y para eso lo mejor es fichar a la gente de esos países. Uno de mis ejemplos favoritos, porque lo conocí en persona, es Patrick Awuah, un ghanés que vivió en EEUU y regresó Ghana, donde fundó la Universidad Ashesi, que es de enorme calidad, la NYU o la Columbia o la Johns Hopkins de Ghana, y está dando becas a jóvenes sin recursos para que puedan ir a estudiar allí. Es una cosa que parece muy pequeña, pero no lo es si tú eres uno de esos jóvenes. Y África, América Latina y Asia están llenas de gente como Awuah. De paso, déjeme que le diga que la Universidad Ashesi no está recibiendo ayuda de las agencias de desarrollo, porque no encaja dentro del Plan, del Plan al estilo soviético, estilo plan quinquenal. El Banco Mundial y otras agencias han rechazado darle dinero. ¿Por qué? ¿Por qué se trata de una universidad buena? ¿Por qué tiene donaciones del sector privado?

P.: ¿Qué opina de toda la discusión sobre creación de instituciones?

R.: Es otro espejismo utópico. ¿Cómo sabemos nosotros cómo arreglar las instituciones de otros? Es cierto que el desarrollo económico depende de la solidez de las instituciones, y hace un rato estábamos hablando de eso indirectamente, al comentar el efecto de la corrupción en el desarrollo. Pero no creo que extranjeros deban cambiar las instituciones de otros. Y no da, además, buenos resultados, a pesar de que frecuentemente se condiciona la ayuda al desarrollo a la reforma de las instituciones de otros países. África lleva décadas de reformas de los sectores públicos patrocinadas por el Banco Mundial. ¿Por qué no centrarte en lo que sabes y puedes hacer y sabes y puedes comprobar si lo estás haciendo bien?

P.: ¿Por qué no cerrar el Banco Mundial?

R.: Yo he acabado por pensar que puede hacer algo bueno. Y creo que algo bueno están haciendo. Pero que debería hacer mucho más. Yo nunca he dicho que todo el dinero en ayuda al desarrollo se desperdicie. Pero en promedio está bastante claro que la ayuda no aumenta el crecimiento económico. Y sin crecimiento económico no hay mejorías de la renta per capita.

P.: Pero algunas instituciones, como la Organización Mundial de la Salud (OMS) han sido exitosas.

R.: Fueron exitosas durante cierto tiempo con campañas de vacunación. Pero eso se debía a que era algo cuantificable, acerca de lo cual se podía pedir responsabilidad a la gente. Pero no han sido capaces de mantener el mismo nivel de éxito a medida que han entrado en áreas en las que es más difícil realizar una medida cuantitativa, como prevención del Sida.

P.: Pero, por ejemplo, en el Sida, hay países en vías de desarrollo que tienen una inmensa responsabilidad en lo que está pasando. Ahí está el caso de Sudáfrica, negando el problema. ¿Qué puede hacer Occidente en esos casos? Porque, si pone presión a esos Gobiernos, puede ser considerada una forma de paternalismo como la que usted critica.

R.: Sí, Sudáfrica es un ejemplo trágico de negación del problema del Sida. Pero no creo que haya mucho que se pueda hacer con los Gobiernos. Ha habido mucho activismo cívico en Sudáfrica y en otros sitios que ha combatido la política oficial de ignorar el Sida. La campaña más exitosa ha sido la de Uganda, en los 80 y 90, y se debió a que todo el mundo hablaba abiertamente del sida, no sólo el Gobierno, sino también la sociedad. Tal vez la ayuda internacional a favor de grupos que defienden esto sea positiva.

P.: ¿Tiene usted algún consejo para Jeff Sachs?

R.: Creo que voy a dejar nuestro debate donde está ahora. Estoy en franco desacuerdo con él y deseo que cambie su forma de pensar y vuelva a hacer buena economía.

P.: Bueno, él siempre fue muy controvertido. También en el pasado: en Rusia, en Bolivia, en Polonia.

R.: Sí, hay cierta continuidad en su carrera de hacer siempre algo muy grande, desde arriba, que implique usar un montón de dinero de Occidente. En Rusia fue la terapia de choque, con un montón de expertos diciéndole a los rusos lo que tenían que hacer, lo que es lo mismo, aunque en este caso se trataba de introducir el capitalismo en Rusia. Pero es que tú no puedes planificar un mercado mejor que el desarrollo de un país. Antes era terapia de choque en Rusia. Ahora es terapia de shock en África.

P.: Pero ¿no cree usted que esto es muy americano? ¿Esta idea de hacerlo todo rápidamente sin tener en cuenta las raíces de los problemas, simbolizada en la frase "eso es historia", que es como los estadounidenses rechazan algo que les parece antiguo e irrelevante?

R.: Hay siempre una parte de la tradición política americana que es mesiánica, que piensa que nosotros somos los Mesías que vamos a salvar al mundo, y creo que Sachs está en esa línea. Pero creo que no todos los americanos somos así. Y si se mira a EEUU se confirma mi tesis. En 1776 nosotros éramos tan pobres como los africanos, y si salimos de aquello fue gracias a una combinación de expansión del libre mercado, reforma política...

P.: ¡Y mucho proteccionismo, al menos al principio!

R.: Desde luego.

P.: Algunos dicen que usted es mucho mejor criticando que proponiendo políticas.

R.: Bueno, mi último libro es sobre lo que la ayuda puede hacer, no sobre qué causa desarrollo económico. La gente confunde estas dos cosas, pero son dos cuestiones diferentes. En realidad, los críticos que dicen que mi libro es destructivo y no constructivo sólo están buscando un gran plan alternativo, una respuesta a todo. Y eso no existe. Hay que trabajar con el mundo como es. Lo que funciona son las cosas pequeñas. Y esto lo entiende la gente que está trabajando en el terreno. Los que no lo entienden son los expertos que están en el mundo desarrollado.

P.: Su padre era un botánico...

R.: Por eso fui a África a los 12 años, porque él era un profesor de la Universidad de Cape Coast, en Ghana.

Y mi experiencia de vivir en África tan joven marcó en parte mi carrera futura.

P.: ¿Por qué?

R.: Bueno, vi la pobreza, vi a gente que no tenía nada.

P.: ¿Fue un shock para usted, que venía de Ohio?

R.: Sí, junto a mi casa había gente viviendo en chabolas, sin nada. Y era muy sorprendente salir de casas y pasear por entre aquellas casuchas.

P.: ¿Nunca tuvo miedo?

R.: Nunca he tenido miedo en África.

P.: ¿Ha cambiado África mucho en estos 37 años desde que usted fue por primera vez a África, aparte del hecho de que ahora oyen heavy metal, como cuenta usted en su libro?

R.: Sí. Ahora está mejor organizada. La tecnología ha penetrado en todas partes. Hay teléfonos móviles en todas partes, mucha más democracia, y un increíble aumento en el número de usuarios de Internet. Hay muchas cosas positivas que no salen en las noticias, tal vez porque los medios de comunicación prefieren ver a los africanos como víctimas.

P.: ¿Se lleva ahora a su mujer y a sus dos hijas cuando viaja a África?

R.: Sí. Frecuentemente. Y mis hijas también están interesadas en desarrollo. Aunque todavía es pronto para saber qué harán.

P.: ¿Qué hace en sus ratos libres?

R.: Escuchar a Pink Floyd, The Who, The Rolling Stones. Y también música africana, sobre todo a Fela Kuti. El concierto de Live 8 siempre me decepcionó porque no invitaron artistas africanos, a pesar de que se suponía que era para África. Y leer, aunque no tengo mucho tiempo, a gente como Pérez-Reverte, García Márquez, Octavio Paz, Vargas Llosa. De hecho, leí 'Cien años de soledad' en español. Y a economistas clásicos, como Hayek y John Stuart Mill. **P.:** ¿No lee a Keynes?

R.: No.

P.: Eso es toda una declaración de principios.

R.: Bueno, creo que Hayek estaba más acertado que Keynes. Lo que pasa es que hoy hay un prejuicio con Hayek, que es verlo como un ideólogo de derechas. Yo no creo que eso sea cierto. Cuando lo lees con cuidado ves que no es así. De hecho, escribió un artículo titulado 'Por qué no soy un conservador'. Y yo no me veo a mí mismo como conservador. Yo soy un demócrata. La política económica de Clinton fue la mezcla correcta. Una política social ilustrada con una buena política económica. Robert Rubin fue un buen secretario del Tesoro.

P.: ¿Un lema?

R.: Alguien que significaba mucho para mí me dijo una vez: "Toma tu trabajo muy en serio, pero no te tomes a ti mismo en serio".

P.: ¿Cuál es su mayor sueño?

R.: Hay que cambiar lo que se pueda cambiar, para que los pobres no sufran tanto.

P.: ¿Le gusta U2?

R.: Sí. Creo que Bono es mucho mejor músico que economista.

P.: ¿Cree que los líderes políticos africanos deberían instruir a U2 sobre cómo debe ser su próximo disco?

R.: ¡Desde luego! El rock tiene sus orígenes en África.

[Portada](#) > [Economía](#)

EL **MUNDO**

© Mundinteractivos, S.A.

Dirección original de este artículo:

<http://www.elmundo.es/mundodinero/2007/05/25/economia/1180094076.html>